

SUPERHÉROES

DEL

IMPERIO

MITO Y REALIDAD
DE LOS HOMBRES
QUE FORJARON ESPAÑA



CÉSAR CERVERA
MORENO



ÍNDICE

Dedicatoria
Agradecimientos
Introducción

1. Diego García de Paredes, el gigante
2. Francisco Pizarro, el dios de hierro
3. Julián Romero, el encantado
4. Cabeza de Vaca, el Ulises
5. Álvaro de Bazán, el que nunca perdió una batalla
6. Juan del Águila, el hombre sin miedo
7. Alejandro Farnesio, el Rayo de la Guerra
8. Francisco de Cuéllar, el naufrago invencible
9. Juan Pablo de Carrión, el samurái
10. Catalina de Erauso, la Monja Alférez
11. El duque de Osuna, el temerario
12. Blas de Lezo, el mediodiablo
13. Antonio Barceló, el corsario
14. Los héroes del Salvaje Oeste Español

Epílogo. Los últimos
Bibliografía
Créditos

Para mis abuelas, Regina y Raquel.

AGRADECIMIENTOS

Sin adornos ni ánimo de adulator, le agradezco a mi editor Félix Gil su apoyo y su paciencia. Cada noticia de posibles retrasos ha tenido siempre un gesto amable como respuesta. Al igual que a la editorial La Esfera de los Libros y al diario *ABC*, por servirme de plataformas para la labor de divulgación histórica. Hay muchas maneras de acercarse a la historia. Es un orgullo poder hacerlo con ellos.

A mi tío Óscar le agradezco cada palabra de ánimo y la labor que desde su quiosco de prensa en la calle Juan Hurtado de Mendoza realiza para la promoción de la cultura.

A mis padres y mis familiares, mi tía Ana y mis primos Luis y Josan les agradezco que aguantasen mi mal humor y mis prolongadas ausencias cuando se acercaba la fecha de entrega del libro.

A Lucía le agradezco todo. Su ayuda con el libro, su paciencia, su generosidad, su buen humor, su inteligencia y que sea una persona tan maravillosa. Gracias, gallega.

A mi infatigable compañero de mesa Manuel Pérez Villatoro le agradezco sus consejos y su buen criterio. Como se lo agradezco también a muchos compañeros de redacción como Gonzalo López Sánchez, Francisco Javier Calero o Jorge Sanz Casillas, que me han aconsejado en varias cuestiones para la elaboración del libro. Mi deuda con el Máster de *ABC* y con Luis Prados es igual de grande, aunque viene de tiempo atrás.

INTRODUCCIÓN

Convivimos a diario con lo extraordinario. En el Mundial de Atletismo de 1991, el norteamericano Mike Powell realizó un salto de longitud de 8,95 metros, el equivalente a saltar quince lavadoras colocadas en fila india. Usain Bolt fue capaz de correr 100 metros en poco más de nueve segundos y medio, suficiente para dejar atrás a una mamba negra o un camello arábigo. El hombre más fuerte del mundo puede levantar más de media tonelada, aunque se conocen casos de personas corrientes que en situaciones extremas han movido pesos aún más elevados. Tres generaciones de una familia italiana, los Marsili, no saben lo que es el dolor. Se pueden romper una pierna o dislocarse el hombro, pero por una extraña mutación genética solo sienten una ligera molestia. En el plano mental, Kim Peek, el hombre que inspiró la película *Rain Man*, con Dustin Hoffman como uno de los protagonistas, memorizó más de 12.000 libros hasta su muerte en 2009. Rebecca Sharrock es una australiana con autismo capaz de recordar cada instante de su vida desde que tenía menos de un mes.

Los seres humanos fuera de lo común, ya sea por condiciones innatas o debido a las circunstancias extremas, se remontan a lo más hondo del pasado. En el siglo XVI, las crónicas nos narran que un caballero de Jerez de la Frontera recorrió desnudo 18.000 kilómetros de rutas desconocidas y plagadas de elementos adversos a través de lo que hoy es el sur de Estados Unidos. Entre tanto, un extremeño

de gran talla al servicio del Gran Capitán causó 500 muertos en una misma jornada con su mandoble. Por no mencionar al hombre que nació sin miedo, al soldado que parecía tener más vidas y heridas que Allan Quatermain, o al viejo que venció a una multitud de samuráis piratas en Filipinas. ¿Son sus hazañas menos creíbles por estar escritas en documentos ya amarillentos?

La historia de España está repleta de personajes asombrosos, cuyas cualidades mentales o físicas les otorgaron talentos por encima del resto de individuos. Fuertes, valientes, resistentes, inteligentes... Superhéroes, al fin y al cabo, en la mayoría de los casos relacionados con lo militar, porque era lo que demandaba entonces el país. Los héroes han sido elementos imprescindibles en la memoria colectiva de todas las sociedades occidentales. La proyección del ideal de los ciudadanos de una patria, adaptada así a los tiempos en los que vivieron. No se espera lo mismo de un héroe de la Guerra del Peloponeso que de uno de la Guerra de Vietnam. Los perfiles y las sensibilidades van evolucionando. En la potencia hegemónica de hoy, Estados Unidos, son militares (como George Patton o el Capitán América), científicos (como Thomas Alva Edison o Bruce Banner) o empresarios (como Henry Ford o Bruce Wayne).

Todos ellos, reales o ficticios, encarnan los valores patrióticos propios del siglo xx, pero ¿qué ocurre con un país, como España, que ha carecido de una auténtica ética del patriotismo? Aquí los héroes más cantados han sido el Cid Campeador o Don Pelayo, más ficción ideológica que histórica, cuando no directamente inventados como Don Quijote. Los verdaderos héroes militares han sido desechados en España. Lo que siempre resulta más placentero que aquellos vilipendiados bajo juicios actuales, como en el caso de los conquistadores «genocidas» o del gran duque de Alba, retorcido de forma grotesca por la leyenda negra. El resultado es que los españoles no conocen apenas a los

hombres que murieron creyendo que sus descendientes vivirían mejor gracias a sus sacrificios.

El Imperio español tuvo la fortuna de contar con estos seres en sus filas, cuando las ambiciones desmedidas de sus monarcas levantaron la maquinaria militar más calibrada que había conocido el mundo. España podría haber invertido el oro y la plata que llegaba en grandes remesas desde América en obras públicas o en los cimientos de una sociedad mejor. No lo hizo. Por el contrario, la dinastía de los Austrias antepuso sus intereses familiares al fortalecimiento de España y a su proyecto americano. Todo ello en unas fechas en las que la guerra disparó radicalmente su coste. Mientras que los Reyes Católicos apenas tenían tropas propias, a mediados del reinado de Felipe II la maltrecha Hacienda española mantenía un ejército de 86.000 hombres solo en los Países Bajos.

Los muertos, la ruina económica y la caída demográfica dibujaron la cara más terrible de esta inversión en guerra. El mastodóntico esfuerzo militar legó, no obstante, una rica historia que emplaza operaciones españolas en las selvas de Camboya, los desiertos chilenos, la aridez africana o los campos anegados del corazón de Europa, que durante 150 años contuvo la respiración con cada salida desde Italia de los Tercios españoles. Diría de esta infantería uno de sus generales, Francisco de Melo: «Estos son aquellos hombres que fueron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron ley a la mayoría de Europa». Aparte de un continente explorado de arriba abajo. Un océano tan domado que terminó por llamarse el Lago Español. Y guerras simultáneas, en inferioridad numérica, contra Francia, el Imperio otomano, Inglaterra, Holanda, parte de Alemania, Venecia, Saboya, Suecia, Roma... «Todos contra Nos, Nos contra todos», que diría el Conde-Duque de Olivares.

Tan inverosímiles fueron algunas de sus empresas, que la memoria de los superhéroes ha acabado a veces trufada de datos exagerados o modulada por el relato que cada España ha necesitado. Si la España conservadora ha requerido montones de defensores del catolicismo, la España progresista se quiso imaginar a héroes románticos como los comuneros o los liberales del levantamiento de Riego. Este libro pretende rescatar del olvido a estos héroes y separar la leyenda de la realidad en la medida de lo posible, siendo consciente de que la historia la cuentan los vencedores, que a veces simplemente son los que sobreviven a expediciones salvajes o a combates hasta el último hombre en pie. Porque detrás de todo gran hombre hay una gran mujer, pero sobre todo un buen narrador. Los héroes anónimos no permanecen mucho tiempo en los libros de Historia.

1

DIEGO GARCÍA DE PAREDES, EL GIGANTE

El 20 de septiembre de 1502, once de los mejores guerreros del ejército francés se enfrentaron a once soldados del Gran Capitán durante un desafío al sol en Trani (Italia). Los comandantes de ambos ejércitos decidieron de esta manera canalizar las rivalidades personales entre ambos ejércitos, hartos de que en los momentos de tregua las tropas siguieran desangrándose en duelos personales. Según el relato que trazan las crónicas, la lucha empezó sobre la una de la tarde y se alargó hasta el anochecer. Uno de los franceses quedó muerto, otro más se rindió; y casi todos los demás fueron heridos o desmontados. Los franceses supervivientes se atrincheraron entre los caballos muertos y formaron una especie de fortaleza de carne que, tal vez por el olor a muerte, espantó a los corceles españoles. Desde esta peculiar fortaleza, los franceses se defendieron de los sucesivos ataques e incluso parecieron cobrar ventaja, en una lucha donde las autoridades venecianas, supuestamente neutrales, ejercieron de árbitros.

Tras cinco horas de lucha, los franceses solicitaron detener la disputa, dando a los españoles por «buenos caballeros». Los españoles se conformaron —porque la noche estaba cayendo— a excepción de uno de ellos, un extre-

meño de gran envergadura llamado Diego García de Paredes. En una demostración de fuerza sobrehumana, arrancó una de las enormes piedras con las que los venecianos habían delimitado el campo y mostró su desacuerdo. Como si fueran de atrezo, empezó a arrojarlas a gran distancia contra los caballeros franceses, ante el asombro de la multitud y de los propios jueces. De aquí nos debe únicamente «sacar la muerte de los unos o de los otros», anunció.

Frente a tal cabritada, los franceses «salieron del campo y los españoles se quedaron en él con la mayor parte de la victoria». Los jueces del tribunal, no obstante, dictaminaron tablas, sentenciando que la victoria era incierta, de tal manera que a los españoles «les fue dado el nombre de valerosos y esforzados, y a los franceses por hombres de gran constancia». Al igual que a García de Paredes, al Gran Capitán el empate no le gustó un pelo: «Por mejores los había yo enviado».

ÉRASE UN GIGANTE ENTRE LA LEYENDA Y LA REALIDAD

La vida y obra de Diego García de Paredes está impregnada por todas partes de un halo de mitificación y literatura que le presenta como un héroe mitológico. Un Sansón —el juez hebreo de enorme fuerza del Antiguo Testamento— o un Heracles —el hijo heroico del dios griego Zeus— con acento extremeño. Lo cual hace todavía más difícil delimitar qué partes de la biografía de este oficial de los ejércitos hispánicos en Italia son ciertas y cuáles exageración. En la misma senda del desafío contra los franceses, las crónicas del periodo relatan que en cierta ocasión se dirigió en solitario a la entrada del puente del río Garellano, custodiado por 2.000 hombres de armas franceses. Diego García de Paredes, blandiendo con rapidez y furia el descomunal acero, acometió una espantosa matanza entre los franceses, que por la estrechez del paso fueron incapaces de hacer

buena su superioridad numérica. Detalla Hernán Pérez del Pulgar en *Crónica llamada las dos conquistas del reino de Nápoles*:

Con la espada de dos manos que tenía se metió entre ellos, y peleando como un bravo león, empezó de hacer tales pruebas de su persona, que nunca las hicieron mayores en su tiempo Héctor y Julio César, Alejandro Magno ni otros antiguos valerosos capitanes, pareciendo verdaderamente otro Horacio en su denuedo y animosidad.

Para una nación emergente como España en el siglo XVI, urgían los héroes propios, ante lo lejanos que sonaban los personajes clásicos y medievales. El Gran Capitán como dominador de Europa y Hernán Cortés como señor del Nuevo Mundo fueron los principales protagonistas de la literatura heroica surgida a partir del reinado de Felipe II. La creación del mito castellano de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, se debió en gran medida al historiador del siglo XVI Gonzalo Fernández de Oviedo, brevemente secretario del general, al que presenta como un paladín de todas las virtudes, piedad, cortesía y generosidad. Y como en todos los escenarios mitológicos y poemas de caballería, en torno a este héroe absoluto aparecen otros personajes de igual calidad, entre ellos Diego García de Paredes, la fuerza, y Pedro Navarro, el ingenio. Miguel de Cervantes cita al gigante en su más célebre obra como un «valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia». Lo complicado así es separar la paja del trigo: lo cierto de lo mítico.

Y sin embargo, se mueve. Más allá de lo que quisieran hacer sus compatriotas con su memoria, García de Paredes existió y en vida alcanzó un estatus de leyenda que obedecía, únicamente, a sus habilidades militares y a una fuerza física asombrosa. Nació el gigante el 30 de marzo de 1468, en la ciudad de Trujillo, cuna de Francisco Pizarro, de Francisco de Orellana y de otros conquistadores. El propio Die-

go pudo haber acabado en América, como haría su más célebre descendiente, pero tomó el otro camino posible para un castellano hambriento en aquellos años, aventurarse en una Italia que estaba en ebullición.

Durante más de 250 años, la ristra de principados y repúblicas que formaban la Península Itálica se hicieron la guerra valiéndose no de ejércitos profesionales, sino de soldados de fortuna que se vendían al mejor postor a través de un sistema escrupulosamente reglamentado, que incluía un contrato (una *condotta*, de ahí el nombre de condotieros) con el reino, república o principado. El amanecer de una nueva era en Europa llevó a las potencias extranjeras pujantes a romper esta rueda de guerras a pequeña escala, para sustituirla por una forma cruda y pragmática de combate que les permitió repartirse Italia a su antojo. La «guerra a la italiana» quedaría en la memoria colectiva como una forma de lucha elegante y cortés, frente a la encarnizada «guerra a la francesa» o «a la española».

Los genuinos mercenarios renacentistas fueron remplazados por una nueva remesa de soldados a sueldo todavía más brutales y vinculados a la pólvora. García de Paredes y otros condotieros de su generación, como Giovanni de Médici, cuya historia es narrada en una película italiana de culto llamada *El oficio de las armas* (2001), representaron esa transición entre dos formas de hacer la guerra y la tribulación que provocaba la pólvora. Durante aquel tiempo, los caballeros como Médici tomaron la práctica vengativa de sacar los ojos y cortar las manos a los arcabuceros que caían prisioneros.

Una cita del autor clásico Tibulo (siglo I a. C.), con la que empieza la citada película, sintetiza la melancolía que, a principios del siglo XVI, se extendió entre los condotieros, que veían cómo un cobarde con un arcabuz a cincuenta metros podía acabar incluso con el más valeroso guerrero:

¿Quién fue el primero que inventó las espantosas armas? Desde aquel momento hubo estragos y guerras y se abrió un camino más corto a la cruel muerte. ¡Aun así, el miserable no tiene la culpa! Somos nosotros los que usamos mal aquello que él nos dio para defendernos de las feroces fieras.

El padre del gigante, don Sancho Delgadillo de Paredes, fue en tiempos de Juan II de Castilla embajador extraordinario en Inglaterra y después sirvió tanto a Enrique «El Impotente» como a la causa de los Reyes Católicos. Sus funciones políticas no eran incompatibles con la destreza y el valor que también se le apreciaban a Sancho. El pequeño García de Paredes se crio al murmullo de las armas y del entrenamiento militar, hasta que la muerte de su padre le llevó a residir un tiempo en una casa de campo cerca de Belén, en Cáceres. De aquel periodo responde la referencia de Miguel de Cervantes de que podía parar «ruedas del molino en la mitad de su furia», porque entre las responsabilidades del joven se encontraba la de supervisar un molino que tenía su familia en Alcollarín, también en Cáceres, para lo cual en una ocasión frenó con sus músculos las aspas. No obstante, su biografía temprana está repleta de esta clase de bravuconadas y referencias a una fuerza extrema. Se dice que cierta vez sacó a la calle la pila de la iglesia de Santa María la Mayor para ofrecer a su madre el agua bendita, tras lo cual fueron necesarios seis hombres para meter la pila de nuevo. En uno de sus galanteos nocturnos arrancó de un solo golpe una reja que le molestaba. Cuando se dio cuenta de que una reja distinta podía comprometer la honra de la dama que cortejaba, optó por arrancar el resto de las rejas de esa calle para que nadie supiera cuál fue la primera.

Poco más se sabe de su infancia y juventud, aparte de que aprendió a escribir y leer. Los historiadores no se ponen de acuerdo en si participó o no en la Guerra de Granada, que terminó con la rendición final de 1492. Pero de lo que no cabe duda es que en 1496, tras el fallecimiento en

Trujillo de su madre, Diego García de Paredes, su hermano bastardo, Álvaro, y un escudero citado como Tapia, partieron a Italia al oficio de las armas. Su intención original era la de unirse a Gonzalo Fernández de Córdoba, un general castellano que combatía en Nápoles las ambiciones francesas de anexionarse este reino, tradicionalmente bajo el manto de Aragón. Sin embargo, la actividad militar estaba parada a la llegada de García de Paredes, quien decidió desplazarse a Roma. Que el país estaba en proceso de cambio era más que evidente cuando se observaba que en aquellos años el hombre que ocupaba el sillón de San Pedro era español. Alejandro VI, de la familia valenciana de los Borja (en italiano, Borgia), ascendió al papado en 1492 entre la oposición de los romanos más recalcitrantes, siempre recelosos de que un extranjero ocupara el máximo cargo de la Iglesia católica.

UN CONDOTIERO EXTREMEÑO

En este sentido, Roma era otro de los actores militares en aquella Italia revuelta y el Papa, ávido de estirar su patrimonio familiar, aumentó las tropas bajo su mando. A los alabarderos de la guardia del Papa se sumaron cada vez más españoles, entre ellos el gigante y sus dos compañeros de fatigas. Las opulentas capacidades militares del extremeño no tardaron en llamar la atención de los Borgia.

El Papa accedió a contratarle tras presenciar por casualidad cómo Diego García de Paredes se imponía en una disputa callejera contra un grupo de más de veinte italianos. Armado solamente con una barra de hierro, el soldado español destrozó a todos sus rivales, que habían echado mano de las espadas, «matando cinco, hiriendo a diez, y dejando a los demás bien maltratados y fuera de combate». Alejandro VI, asombrado por la fuerza del extremeño, que mató al menos a uno, le nombró miembro de su escol-

ta más personal y le tuvo en cuenta en sus siguientes empresas. A principios de 1497 García de Paredes integró las fuerzas papales que, unidas a las españolas del Gran Capitán, se coordinaron para recuperar el puerto de Ostia, en la estratégica desembocadura del río Tíber.

Bajo el servicio de Francia, un pirata de origen español llamado Menaldo Guerri mantenía bloqueada Ostia. El Papa y los españoles cercaron en una operación conjunta su posición y le exigieron que se rindiera. Declinó la oferta con bravuconería vasca: «Que se acordara que todos eran españoles, que no se enfrentaba a un francés, que él era español, y no castellano sino vizcaíno».

El asalto a la plaza de Ostia fue la mejor presentación en sociedad del gigante extremeño del Papa. En la *Historia del Rey Don Fernando*, Jerónimo Zurita relata que García de Paredes esquivó las saetas para alcanzar un baluarte de la plaza, que tomó en solitario hasta que llegaron refuerzos. El propio Menaldo Guerri acudió a esta posición con sus tropas al percibir el peligro de aquella acometida aislada. Aquel primer ataque fue repelido, pero sirvió al extremeño para llamar la atención de sus superiores. El 9 de marzo de 1497 el Gran Capitán envió a los rodeleros españoles al asalto de las murallas tras un intenso bombardeo previo; mientras que, en secreto, un comando especial al mando de Garcilaso de la Vega, padre del poeta, escalaba la muralla en un punto alejado del aparatoso asalto. García de Paredes formó parte de este grupo, cuyo ataque contribuyó decisivamente a la caída de la plaza.

El gigante de Trujillo regresó a Roma y continuó al servicio de los Borgia en más operaciones. El asalto temerario a fortalezas era uno de sus puntos fuertes. Su papel en la toma de Montefiascone, a cuya puerta arrancó los cerrojos de cuajo, le valió como recompensa entrar en la guarnición del castillo de Sant'Angelo, en el corazón de Roma. Pero no hubiera sido un soldado de fortuna de la época, bravo y bocazas, si su orgullo no le hubiera traído problemas en al-